



La tía paquetes

Genovera Ponce Naranjo

LA TÍA PAQUETES

© Genoveva Ponce Naranjo

PRIMERA EDICIÓN: abril 2015

Edición: Franklin Cepeda Astudillo

Ilustración: Vilma Vargas

Diseño gráfico: Cristian Orozco

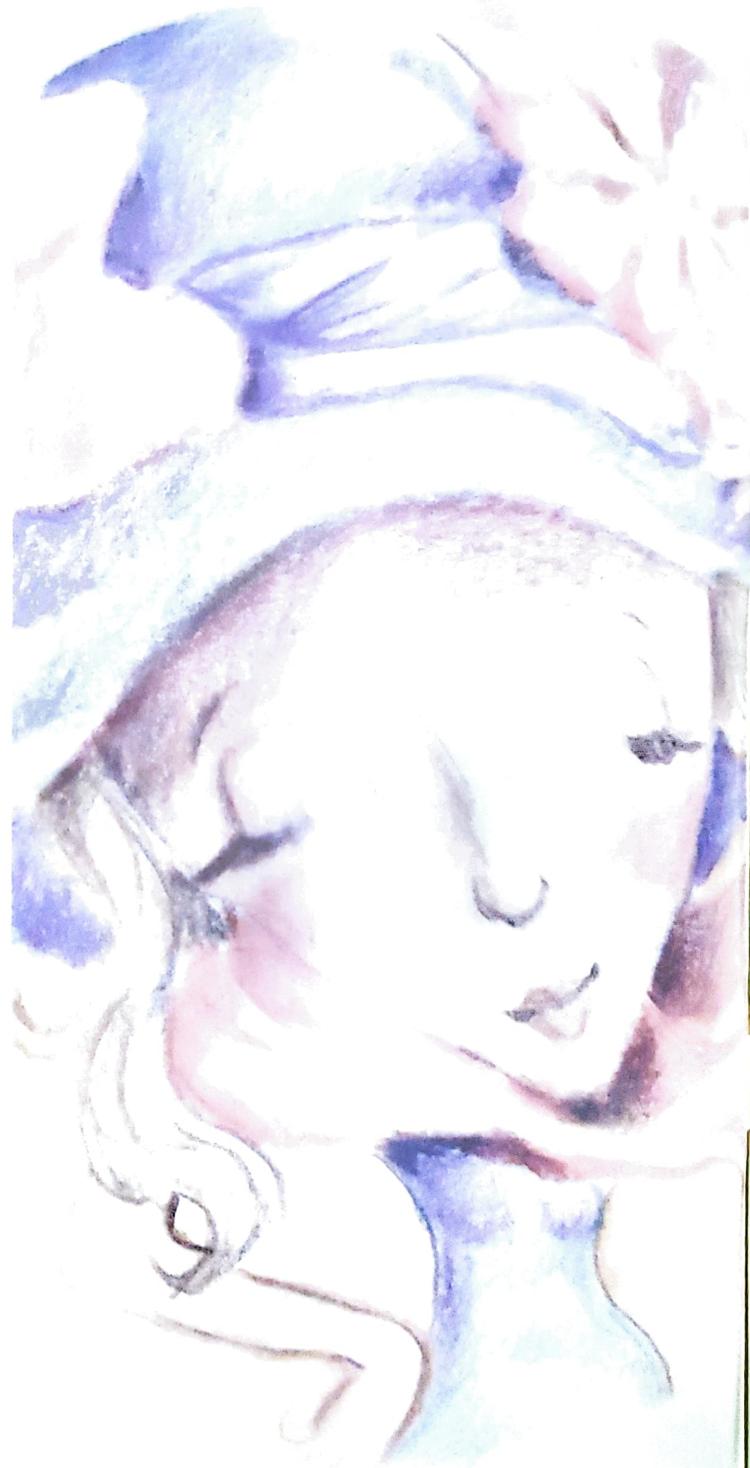
Impresión: Edipcentro

Riobamba - Ecuador

ISBN 978-9978-27-307-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de la obra, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin previa autorización escrita de la autora.

vevapons@yahoo.com



Quando llegaba

La tía había llegado a nuestras vidas por esos reveses del destino; pero siempre nos causó gran curiosidad su estilo para todo; desde su vestir, porque sus zapatos y carteras combinaban a la perfección, y qué decir de joyas y maquillaje; todo en ella lucía impecable. Para mi hermana y para mí era como si la modista de Barbie también diseñara para ella; aunque debo confesar que yo no me percaté jamás que de vez en cuando usaba peluca, hasta que Emiliana me codeó, porque, mientras se probaba otro sombrero para su colección, algo estuvo a punto de caer, pero, con habilidad sorprendente, enganizó algún hilo mágico en su cabellera.

Sus ojos se cerraban cuando se despedía; pero era lo más frecuente a decir verdad; tenía múltiples compromisos; por lo menos, eso nos explicó papá la primera vez que demoró en volver; para nosotros tres meses era mucho tiempo; quizá la extrañábamos porque no había retorno, paseo o salida, por pequeña que fuese, que no estuviera matizada por muchos detalles; tanto así que Emiliana y yo poblamos nuestros cuartos de personajes de cuentos, de héroes, trajes de princesas, cintas para el cabello de colores inimaginables, juguetes curiosos, zapatos para toda ocasión y, siendo sincera, con un montón de ropa que no recuerdo si llegamos a usar.

A su llegada sus ojos se abrían; tal parece, que intentaba que nos quedásemos en sus pupilas; había tanta ansiedad en su mirada, que las dos nos acercábamos por esa especial condescendencia infantil para con los mayores. La tía entonces pedía que nos cubriéramos el rostro con esos pañuelos hindúes que traía en su bolso; nosotras, por supuesto, nunca nos negamos, porque después con una emoción indescriptible gritaba ¡sorpresa!, ¡muchas sorpresas! Y vaya que era cierto. Si eran muñecos, uno para cada una; disfraces, uno para cada una; el nuevo modelo de celular, uno para cada una, con estuches pensados según nuestras preferencias individuales; mas, si eran dulces, lo desmedido era posible.





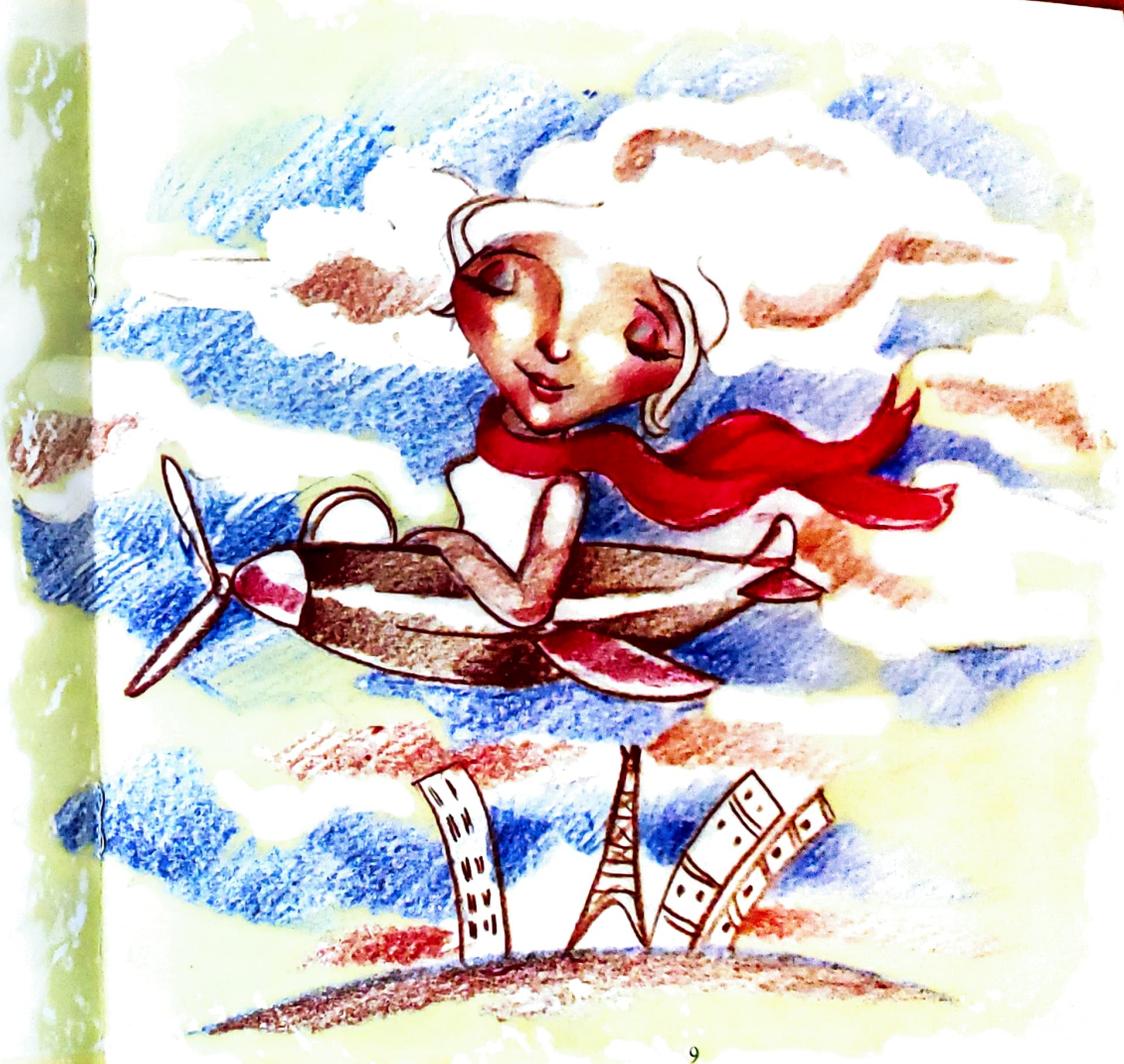
Toda la casa y de manera especial nuestras habitaciones nos hablaban de ella, por sus obsequios constantes: sábanas, cortinas y muebles eran renovados con frecuencia; para la tía era imprescindible seguir la moda. Si ustedes la hubiesen visto, no les quedaría duda alguna.

Siempre estaba de viaje, podía estar en la capital o en las ciudades cercanas al mar; otras veces en la selva subida en una avioneta, y también en un Airbus con cientos de personas alrededor, cruzando continentes. Lo sabemos porque mientras se divertía con nosotros en cines, parques de diversiones, playas, hosterías, centros comerciales, pastelerías, restaurantes..., nunca perdió oportunidad de narrar con detalles sus anécdotas, que impactaban también por la forma como se presentaban esas “divinas cosas” que compraba para sus sobrinas preferidas y únicas.

Otra sorpresa a su retorno

La tía bordeaba los cuarenta años, parecía tan libre; quizá porque iba de aquí para allá sin más complicación que regresar con muchos presentes; hasta que conoció a Marco Zaffaroni, un argentino con pinta de artista, que la cautivó con una sonrisa para publicidad de pasta dental. Lo conocimos en una de las primeras salidas a su retorno de Italia; él la siguió desde allá, porque estaba “enamorado sin medida”... Fue así su llegada, “sin pena ni gloria” a nuestras vidas, pero quizás, era solo el principio.

Poco a poco la vimos todos, incluyendo mi padre, con una facha poco frecuente; incluso llegó a presentarse sin una pizca de maquillaje. Ante esa circunstancia, no había duda, algo iba mal y debíamos averiguarlo.



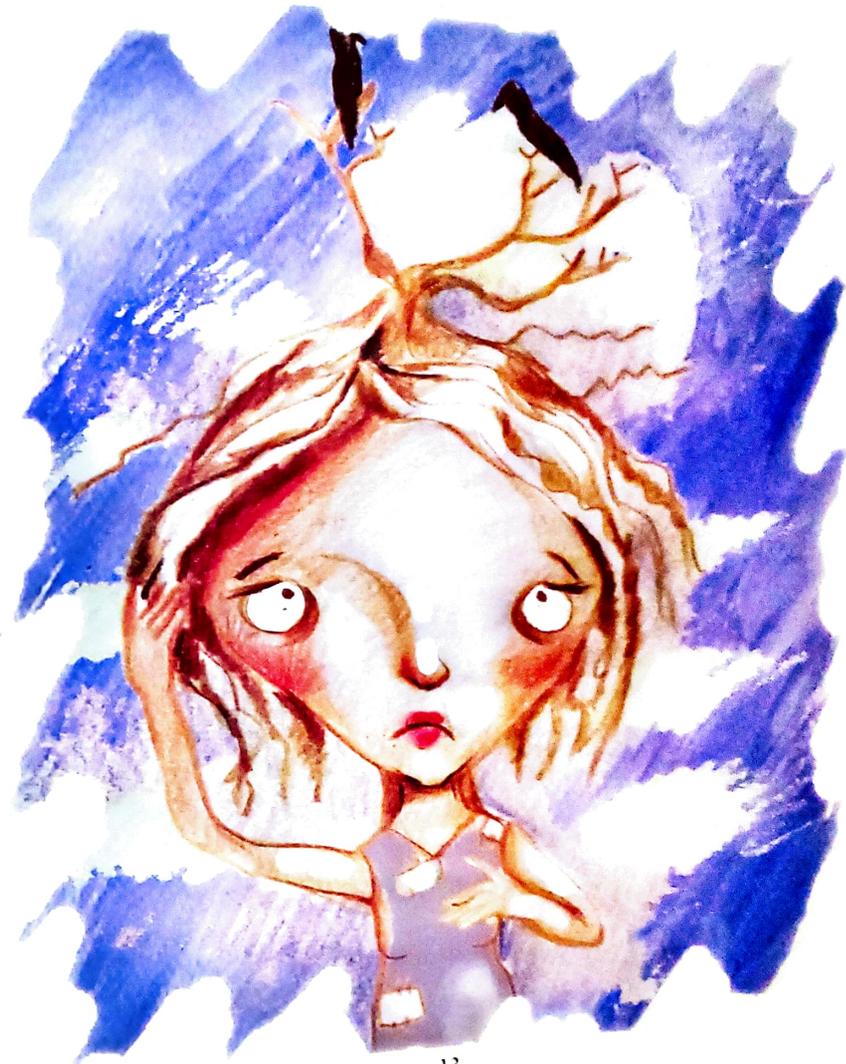


Era junio 27 y hallamos el pretexto perfecto para husmear en su departamento; era la fecha de su santo; así surgió una complicidad en silencio. Mi padre nos acompañó a comprar un pastel y las orquídeas que a ella le resultaban “espectaculares”. Después nos dirigimos al exclusivo edificio donde habitaba. Cuando llegamos supusimos que salió a celebrar con ese tal Zaffaroni; entonces, apareció el portero, amigo nuestro, quien, con mucho apuro, nos condujo hacia la puerta; e incluso con un gesto preocupante pidió que volviésemos a timbrar. Así lo hicimos, hasta que por fin abrió. Lucía tan deprimida, pero, tras un largo silencio, pronunció: — ¡Me ha robado todo! Nosotros no preguntamos más. Luego, en un noticiero, supimos que su galán era un actor que despojaba a mujeres como la tía paquetes, siempre tan desprendida, a sabiendas que hay perversos que usurpan la confianza en los seres humanos.

Recobros

Le costó algunas semanas recuperar su estilo; por supuesto que el dinero tardó en volver muchos años, y no porque se lo devolvieran, sino porque reinició proyectos en su ajetreado mundo de negocios.

Un día, cuando aún estaba en crisis económica, con temor llegó a casa; y al parecer deseaba disculparse por no traer regalos; entonces, Emiliana y yo la abrazamos, y fuimos nosotras, dos niñas, quienes le enseñamos que lo más importante eran sus apapachos, no ese montón de momentos despilfarrando en artefactos que ni siquiera nos gustaban; pues, era ella quien insistía para que las dos eligamos “algo”; como queriendo compensar, con esas inutilidades, el vacío inmenso que dejó mi madre cuando el cáncer terminó con su rostro de ángel y la convirtió en una flor marchita.





Creo que al fin pudo también llorar y entender que su presencia significaba la esperanza de ser amadas; ante la imagen de nuestro padre, un hombre bueno pero lánguido, a quien la partida de su esposa apenas lo dejó con fuerzas para trabajar ocho horas y sobrevivir como autómatas hasta que llegara la noche, como un robot programado, dispuesto a hablar lo mínimo, y a cumplir tareas propias de su condición.

Tía paquetes calló y repasó en su mente todos estos años. Tomó nuestras manos y por primera vez se olvidó de tiendas; además caminamos, hasta el único lugar que deseábamos ir: el cementerio, sitio ideal para sentir la paz. Allí estaba escrito su nombre: Gaia.

Y nuestra oración fue repetir el cuento que ella inventó para sus hijas.



Poco a poco la vimos todos,
incluyendo mi padre, con
una facha poco frecuente;
incluso llegó a presentarse
sin una pizca de maquillaje.
Ante esa circunstancia, no
había duda, algo iba mal y
debíamos averiguarlo.

ISBN: 978-9978-27-307-4



9 789978 273074